

El crisol urbano de los pueblos americanos

Luis Ferreiro

Director de *Acontecimiento*

Fuerza y dimensiones de un fenómeno mundial

Al crecimiento incontrolado y galopante de las urbes de los países empobrecidos se le ha llegado a llamar urbanización salvaje, aunque su carácter no planificado no responde a una voluntad arbitraria de sus habitantes. Fuerzas poderosas, verdaderamente salvajes, empujan a los hombres y mujeres del Tercer Mundo al borde de las ciudades dando lugar a la urbanización de la miseria.

En 1900 había, en el Tercer Mundo de economía de mercado, una sola ciudad de más de un millón de personas. En 1980 existían ya 77 aglomeraciones y, de ellas, 14 superan los cinco millones. Entre todas sumaban 229 millones de almas. Además otros 200 millones vivían en 822 ciudades de 100.000 a un millón. En conjunto cerca del 10% de la humanidad residía en ciudades del T.M. (P. Bairoch. *El Tercer Mundo en la encrucijada*). Pero, ¿se puede decir que esos residentes son **verdaderos ciudadanos**?

En África, Yaundé (Camerún) y Addis Abeba (Etiopía) tenían el 90% de su población en asentamientos periféricos y tugurios, Casablanca el 70%, Kinshasa (Zaire) el 60%. En Asia, Calcuta (India), Seúl (Corea), Manila (Filipinas) y otras muchas superan el 30%. En 1976 una encuesta de la ONU en 67 ciudades, daba un promedio del 44% de chabolistas, equivalentes a un total de 280 a 320 millones. Latinoamérica no es una excepción, Río de Janeiro con un 30% de habi-

tantes en «favelas»; Bogotá, 60%; Guayaquil, 49%; México, 46%; Caracas y Lima, 40%, etc. El fenómeno no admite comparación con la marginación urbana en los países desarrollados. Aquí se trata de la marginación del pueblo, no de los individuos.

Los males de la ciudad no recaen sólo sobre sus habitantes más desafortunados. Las megapolis exigen atención prioritaria de los gobiernos, sus problemas se vuelven estratégicos para el mantenimiento del poder. Las demandas del medio rural pueden ser relegadas, pero los exiguos presupuestos de los débiles Estados del Sur reflejan la fuerza de los argumentos urbanos en los gastos de ingeniería y arquitectura urbana, necesarios para resolver los problemas creados, pero improductivos, trayéndolos de recursos que deberían invertirse en proyectos estratégicos para el desarrollo verdadero del país. Se ha estimado, que los ahorros de escala realizados por las aglomeraciones se empiezan a convertir en despilfarros en el umbral de los 100.000 habitantes, según los pesimistas, y de los 500.000, según los optimistas.

El problema se ha ido agravando por la aparición de factores nuevos como la deuda externa, que obliga a producir más en cultivos de exportación para tener con que pagar, lo que trae un hundimiento de la producción de subsistencia y de los gastos sociales, con nuevos éxodos rurales, la emigración puede continuar por el sistema mundial de ciudades, tal vez más allá, en el Norte, se puedan lograr las aspiraciones soñadas. En

la calle de los bancos de Zúrich, donde las fortunas de los dictadores buscan discreto refugio, los capitales fugados encuentran reposo y los pagos de la deuda engrosan las arcas de los bancos, se pueden ver gentes de varias nacionalidades, recurriendo a su folklore para ganarse la vida. Alfred Sauvy, el geógrafo que acuñó la expresión «Tercer Mundo» lo había predicho: *si el dinero no va a los hombres, los hombres irán al dinero.*

Causas de la epidemia de la urbanización de la pobreza

Si no es posible el ascenso a la libertad y al bienestar cabe preguntarse por qué se extienden los suburbios como una plaga incontenible. En primer lugar, se puede señalar un **efecto expulsión**, derivado de la situación del mundo rural, donde la bomba de la pobreza impulsa una incontenible corriente humana hacia la ciudad. El campesinado vive en la miseria y el olvido, de un trabajo poco productivo, recursos primitivos, sin tierras suficientes debido a la acaparación por propietarios latifundistas que las dedican a cultivos de exportación o no las explotan.

En América Latina entre 1980 y 1991, los **pobres** pasaron de 136 a 199 millones, y los **indigentes** de 62 a 100 millones, pasando en las ciudades los pobres del 30 al 36%, pero «la indigencia se concentró en las zonas rurales, donde saltó espectacularmente del 13% al 37%».

El colmo de la locura tal vez sea Brasil, donde la apropiación y su reverso, la expropiación, ha dado lugar al fenómeno de los «boias frías», trabajadores del campo expulsados a las «favelas» de las ciudades, donde son reclutados para trabajar en la agricultura. La injusticia se retuerce contra ellos hasta hacerse barroca. No es extraño que este mismo país haya visto nacer el Movimiento de los Sin Tierra.

Por otro lado, no es difícil observar un **efecto atracción** derivado de diferencias de ingresos del 80 y al 150%, a favor de la ciudad. Junto a la penetración de los medios de comunicación que presentan las ventajas reales de la ciudad (educación, sanidad, transporte) con una imagen de progreso, industria, actividad, riqueza. Se une a esto la extensión de una educación inapropiada que ha provocado una **revolución de las expectativas** que, se estrella con la cruel realidad: pa-

ro, hacinamiento en tugurios, degradación de las condiciones higiénicas y sanitarias, desarraigo, etc.

No hay que desdeñar la capacidad de **manipulación de algunos poderes** que, si no han fomentado la emigración, han pretendido aprovecharla, ya por el interés de disponer de mano de obra abundante y barata para la industria, ya por el deseo de disponer de masas útiles para tomar el poder, ya por concesiones que un régimen populista hace para mantener el pacto social que le permite controlar el poder (caso de Villa El Salvador, en Perú), etc.

Por último, en multitud de países, las condiciones de pobreza han sido un caldo de cultivo de diversas formas de **violencia**: revoluciones, guerrillas, guerras civiles o contra otro Estado producen fuertes emigraciones a las ciudades en busca de seguridad. Basta pensar en las matanzas de campesinos habidas en Colombia, Perú, Guatemala o México, por citar las más recientes, para constatar que el medio rural es, con frecuencia, el lugar más peligroso en muchos países.

La (re)conquista del suelo y de la patria

Los suburbios de América Latina **se crean** por medio de **una acción planificada, una invasión**. La organiza un comité de personas procedentes de tugurios, del mundo rural o de otros suburbios donde están viviendo con familiares. Inician la búsqueda de un terreno y se ponen de acuerdo en ocuparlo.

La invasión tiene lugar por la noche, donde el día anterior había un solar desierto, amanece un campamento precario con unos cientos de personas, que delimitan el terreno que ocuparán sus futuros hogares, sitúan en él su escaso ajuar, plantan una bandera y entonan una canción popular.

A continuación, la organización tiene que acomodar a **nuevos «invasores»** necesitados de vivienda que acuden al enterarse. Debe conseguir el abastecimiento de agua por medio de camiones cisterna, y otros suministros. En muchas ocasiones hay que poner en marcha la defensa contra la represión consiguiente, en la que puede haber heridos y muertos. Si la **resistencia** es suficiente se negocia con la autoridad hasta que reconozca el asentamiento o realoje a la gente.

El final del proceso puede significar la consolidación de un asentamiento de unos cientos hasta cientos de miles de personas. Villa El Salvador, en Lima reunió 300.000 en pocos meses, Nezahualcoyotl, un barrio de México, tenía 60.000 personas en 1962, hoy son más de dos millones.

Logrado esto, el problema de **vivienda** pasa a un segundo plano, la familia puede pasar mucho tiempo viviendo entre esteras y techo de cartón. Para quienes han pasado por una alimentación de subsistencia la precariedad de la vivienda no es un problema a corto plazo. Los problemas perentorios del **trabajo**, alimentación, salud, el transporte desde una periferia lejana, etc. pasan a primer plano.

Una vez conseguida la propiedad, la prioridad de la infraestructura y los **equipamientos** urbanos es una necesidad muy sentida. La organización ha de mantenerse fuerte para luchar por la consecución de los servicios más elementales: luz eléctrica, agua, desagües, transporte, asistencia médica, colegios, etc. ...tarea que puede durar muchos años.

América Latina, satélite en el planeta del chabolismo

Este enjambre de **semiciudades** no es un mero archipiélago de urbes, cada una con vida propia independiente de las demás y del mar rural del que emergen. Si dirigimos la mirada al Norte podremos observar las ciudades del superdesarrollo, las verdaderas **polis** donde se deciden las políticas, donde se tejen las relaciones sociales determinantes de los destinos del mundo por los **ciudadanos** que pesan. La historia de las ciudades es la historia del desarrollo —y la del imperialismo—, algunas han regido el devenir del mundo: Atenas, Roma, el Madrid de Felipe II... hoy sigue siendo igual.

Todas las ciudades del mundo están enlazadas por una inmensa maraña de cables, de redes de comunicación, ondas, satélites... las corrientes de información, ordenes de compra y venta, mensajes y decisiones transcurren entre las ciudades del Norte en forma horizontal, con doble y recíproco sentido. De allí nacen los mensajes imperativos que se dirigen de Norte a Sur y mantienen «el **nuevo orden mundial**» de participación y exclusión.

Una rigurosa división del trabajo establece las categorías y el peso de cada ciudad en el reparto del mundo. Las ciudades del Norte concentran la información, que es dominio, la actividad, la riqueza, el capital. En unas pocas manzanas ejecutivos hiperactivos controlan decisiones de vida y muerte para las ciudades del Sur, que concentran seres humanos, ignorancia, desempleo, pobreza. La City de Londres, la Bahnhofstrasse de Zúrich, Wall Street en Nueva York... centros financieros que son el corazón de un sistema sin corazón, cuyo electrocardiograma es la gráfica de la bolsa, *y donde la renta per capita de un perro supera a la de un ciudadano (?) medio de Calcuta*, ciudades de ciegos para el sufrimiento.

El crecimiento económico de estas ciudades es correlativo al crecimiento demográfico de las ciudades del Sur, alimentado desde el extenso mundo del campesinado, que ve en la ciudad la posibilidad de mejorar su vida. Para Max Weber la ciudad occidental era *un lugar de ascenso de la servidumbre a la libertad por medio de la actividad lucrativa*. Tal como lo expresa un personaje de José M^a. Arguedas:

Tú sabes bien por qué han huido de la sierra. Allá la esperanza no existe; en Lima ascienden de hambrientos a peones, de peones a empleados, de parias a propietarios de un choza amenazada por la policía, y de dueños de choza a patronos de una casa de ladrillos construida de noche. (*Todas las sangres*, p. 349)

Pero en América —«extremo occidente» llamó alguien— estamos ante **ciudades dependientes** o «Romas sin imperios» (Bairoch). Creadas en épocas coloniales para dominar el territorio, recaudar impuestos y exportar la riqueza, han mantenido sus funciones gracias a una burguesía servil y títere, dependiente de la burguesía del Norte, que hace el trabajo sucio (A. Gunther Frank): fuga de capitales, cobro de la deuda con los centros financieros de las ciudades imperiales, y labores represivas.

En estas condiciones, el ascenso del campesino a poblador suburbano es el de una servidumbre a otra. El **desarrollo dual** prohíbe el ascenso, el trabajador queda estancado en actividades de **subsistencia en el sector tradicional**, al margen del **sector moderno** de la economía que, como auténtico enclave del Norte en el co-

razón del Sur, monopoliza las **actividades lucrativas** (Omar de León. *Economía informal y desarrollo*, 1996).

Una interpretación desde la esperanza

Para los visitantes europeos, acercarse a los suburbios suele ser una experiencia traumatizante por la extensión de una pobreza nunca vista. Unida a todo tipo de prejuicios, miedos y prevenciones, la reflexión superficial sobre el futuro de estas ciudades, trae a sus mentes fantasías apocalípticas sobre la violencia que imaginan contenida.

Sin embargo, desde dentro y desde la amistad con sus pobladores es inevitable una mirada llena de esperanza. Abundan los (in)materiales con los que se construyen los sueños de una sociedad nueva que ya no existen en las ciudades del Norte, donde delirios inhumanos de dinero y bienestar han sacrificado toda utopía.

En los suburbios de América Latina la mayoría de sus gentes soportan grandes sufrimientos, pero albergan grandes sentimientos, en un ambiente de adversidad que las obliga a extremar la imaginación y la inteligencia. La reflexión y el debate en común es un caldo de cultivo de las más ingeniosas ideas.

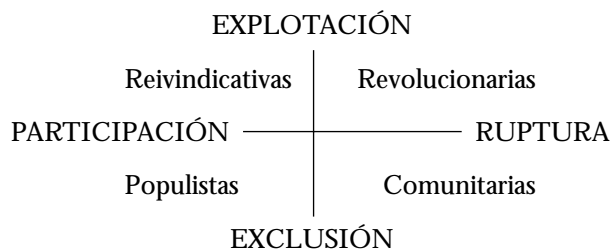
Con la crisis regional de la deuda y los programas de ajuste del nuevo Virrey, el Fondo Monetario «Imperialista», se declaraba el sálvese quien pueda y las «aldeas urbanas» se convertían en ciudades de naufragos, donde enfermedades ya olvidadas como el cólera se extendían en epidemia. Pero donde parecía que tenía que hundirse el pueblo expulsado por el barco del mercado y abandonado por el del Estado, brotaron miles de experiencias como pequeñas tablas de salvación que permitieron la supervivencia e incluso el desahogo.

Se multiplicaron las experiencias autogestionarias de variada índole. Comedores populares, «ollas comunes», «comprando juntos», etc. que, sólo en Lima dan de comer a 200.000 personas gracias al impulso heroico de las mujeres. Talleres artesanales, microempresas populares de producción, comercio «informal», etc., que crearon entre 1980 y 1987 «un 77,8% del total de nuevos empleos... el sector público sólo generó el 17,1% y las empresas privadas de mayor tamaño

sólo el 4,8%» (H. Jaworski, en *Síntesis*, N° 18, 1992). La iniciativa popular prueba el carácter que se está forjando en los suburbios.

Se han llegado a configurar **experiencias políticas autogestionarias** que comportan el funcionamiento autónomo de una ciudad al margen de la ciudad original. Tales son las conocidas experiencias de **Villa El Salvador** y **Nezahualcōyotl**.

Nada de esto se improvisa, está en la cultura o es imposible que aflore en tiempos de dificultad. Pero, ¿a donde llevará la acción de los nuevos conquistadores urbanos? Se ha dicho que son los actores de «un movimiento social imposible», ya que no existiría un principio central de integración de conductas. Alain Touraine recoge de investigadores chilenos cuatro tipos de conducta definidas en torno a dos ejes (ver gráfica): populistas, reivindicativas, comunitarias y revolucionarias. Esas conductas no confluirían en un verdadero movimiento social al faltar una clara identidad, un adversario definido y unos objetivos precisos (*América Latina. Política y sociedad*, 1989).



Sin embargo, esa disparidad no paraliza el cambio social por el hecho de no lograr una acción unitaria. Esa pluralidad remite a un deseo común de cambio que se inscribe en la dinámica de las transformaciones a largo plazo. Es todo un pueblo que se va reconociendo a sí mismo en su propia marcha y que, más allá de un movimiento social, se vuelve sujeto de «**un movimiento histórico**», puesto que pone «en movimiento la conciencia nacional» al impugnar el orden existente y «el modo de desarrollo que ha producido una sociedad dual y apuntan a la reintegración de los pobres en la nación». La fuerza profunda de este movimiento es la del deseo y la esperanza. Silenciosamente se está forjando un «ethos» nacional, un carácter singular que conquistará culturalmente el futuro.

Los suburbios se convierten en crisol de la nación aún inexistente, comunidades regionales que no tienen contacto entre sí se vertebran en torno a la ciudad en construcción, participan en una tarea común más allá del localismo, superando la alienación del mundo colonial, como vislumbrara J. M^a Arguedas en su novela *Todas las sangres* (1964):

Las comunidades todavía aisladas de indios, no conocen del Perú sino la bandera. No saben siquiera pronunciar el nombre de la patria; el universo concluye para ellos en los límites del distrito; no conocían ni conocen, casi todas ellas el nombre de la provincia, mucho menos del departamento. «¡Bandera peruana!», sí, saben decir. E intentan protegerse con ella de las incursiones de los hacendados, de las autoridades políticas, de los policías. Y la agitan cuando se sienten felices. (p. 272)

Hacia una nueva ciudadanía

La mayor capacidad de liberación está en las actitudes de ruptura, es decir las revolucionarias y las comunitarias, pues aún con los peligros que hay que evitar de violencia unas, y de cierre en sí mismas las otras, son las que tienen mayor capacidad creadora.

Los residentes de los suburbios son ciudadanos de la ciudad que están creando que, aunque puede frustrarse, puede ser el germen de una ciudadanía nueva integradora de toda la sociedad. Los suburbios son un espacio de creatividad abierto a la utopía, donde cualquier proyecto comunitario que mejore la vida del pueblo puede hacerse realidad. Es el escenario donde la comunidad inventa cada día el argumento de su historia. Se aprende pronto a amar a esos hombres y mujeres que están escribiendo la narración épica de cómo una masa adquiere corazón y se convierte en pueblo.

Venidos a la ciudad en éxodo heroico por multitud de caminos, desde los más recónditos y dispares orígenes, «todas las sangres» parecen convocadas por la llamada de una promesa cuyo contenido no les ha sido revelado todavía: la cultura del futuro que crece en el humus de la solidaridad y la lucha compartida se forja en el crisol de la pobreza urbana.

Los pobres necesitan una arquitectura que facilite la vida familiar y la solidaridad, en sintonía con una cultura de la vida. La palabra hebrea *bayt* o *bet* resume la necesidad del hombre de forma indisoluble; significa indistintamente casa y familia, y nos da una clave: el ambiente físico y humano del hombre es una unidad. Construir una casa equivale a formar una familia, exige sensibilidad y delicadeza. Hacer ciudades no es sólo administración, es también un arte.

Otra clave de la vida comunitaria nos la da el nombre griego de la ciudad: la *polis* no es, primariamente, un conjunto de construcciones sino una forma de relacionarse los hombres: la convivencia política, que hace que la polis no sea una simple agregación de individuos, sino la más alta expresión del espíritu, el hogar público, tan vitalmente necesario como el familiar. Hará falta reparar la *ecclesia* (asamblea de la ciudad) tanto o más que las infraestructuras urbanas, el protagonismo del pueblo en la organización de la ciudad será, sin duda, el más formidable recurso en la humanización de las urbes latinoamericanas.

En estos aspectos, la Iglesia que ha optado por los pobres puede hacer una gran aportación. Su misión es dar de sentido a la vida del hombre y a la convivencia social. Para ello deberá aprender a evangelizar en el contexto de «éxodo» urbano y de pascua hacia otra dimensión societaria nueva.

También las instituciones políticas, más allá de la democracia formal, deben dar responsabilidad a la ciudadanía ascendente. La experiencia de **Porto Belo** es un ejemplo que dura ya diez años y ha dado resultados muy satisfactorios. Su proceso del Presupuesto Participativo es un modo de dar a las organizaciones populares el protagonismo: las asambleas de vecinos y otras organizaciones gestionan, junto con las autoridades locales, el destino, ejecución y control de una parte del presupuesto de la ciudad, que comenzó siendo del 12% del total de gastos de la ciudad. De esta manera el pueblo decide que infraestructuras o servicios se van a prestar por parte del municipio (*Revista Iberoamericana de Autogestión y Acción Comunal*, N° 33, 1999).

Una experiencia como ésta demuestra que el enorme potencial popular de organización puede ser la mayor esperanza de cambio y consolidación de una sociedad justa y humana.